

San Bernardo, 30 de noviembre de 1947.

Monseñor
Manuel Larrain.-
Talca.-

Estimado don Manuel,

La inquietud y los trajines de estos días no me dejaron la calma necesaria para cumplir mi deseo de escribirle. Créame que a través de la pesadilla que hemos vivido, nunca dudé un solo instante de que UD. dejara de acompañarnos en nuestro dolor con uno más grande si se puede y jamás perdí la esperanza de que por intermedio suyo pudiera llegarnos la solución. Solo Dios sabe cuánto y cómo lo he comprendido desde el primer momento, y en qué medida le agradecemos todos lo que UD. ha hecho.; Gracias, don Manuel; muchas gracias!

Mirando ahora para el futuro, pienso que lo acontecido puede resultar un gran bien siempre que todos sepamos aprovechar la lección de la experiencia. Dos aspectos me preocupan especialmente: el de la colaboración con el comunismo y el de la posición social de la Jerarquía en Chile.

Es indispensable precisar de una vez por todas lo que se entiende por "colaborar con el comunismo". La Comisión Episcopal ha reiterado la prohibición de hacerlo; pero permanece la duda de si nosotros los falangistas lo hemos hecho. Después de su carta a Eugenio Cruz, me parece claro que la declaración de la Comisión Episcopal no puede interpretarse como una confirmación del pensamiento de Monseñor Salinas, que condena aún a "los que se juntan con los comunistas a pretexto de buscar con ellos objetivos de bien común". El propio sr. Salinas ha retrocedido, anoche, en esta idea, admitiendo el distingo entre "colaboración" y "coincidencia".- Con todo ¿cuál es el límite entre una y otra? ¿hasta donde llega la prohibición de la Iglesia?

Por mi parte, creo que la Falange en el pasado ha cometido algunas imprudencias que pueden importar colaboración con el comunismo -concurrencia a concentraciones comunes, pactos electorales, etc.-. Estoy cierto de que no se volverán a cometer, no a raíz de los últimos acontecimientos, sino de la elección de la actual directiva, que si algo significa es precisamente la voluntad de evitar esas imprudencias. Pero este propósito no puede entrañar para nosotros un aislamiento físico de los comunistas, algo así como lo que se hace para evitar contagios con los enfermos en cuarentena.

Conoce UD. el pensamiento que inspira nuestra táctica en la materia. Yo lo resumiría así: la lucha contra

el comunismo no puede reducirse a una simple guerra contra los comunistas, que divida al mundo en dos verdaderos ejércitos antagónicos. Esta es, precisamente, la concepción marxista; pero no puede jamás ser la cristiana. Aceptarla, es someterse en la lucha a las propias condiciones que el comunismo preconiza; admitida la separación de dos bandos irreconciliables, se abre el camino a un necesario alineamiento de todos los hombres en uno de esos bandos "según su clase" y, consecuentemente, al desarrollo de los odios sociales. Nada más contrario al Cristianismo, que proclama la hermandad entre todos los hombres, que no admite murallas entre buenos y malos y que ordena dejar crecer a la cizaña conjuntamente con el trigo hasta que llegue el tiempo de la siega. Nada, por otra parte, más contrario a la justicia, puesto que trata al error como un delito y en vez de desvanecerlo lo castiga. Nada, finalmente, más ineficaz, ya que dispuestos los hombres en línea de combate, es ilusorio creer que las voces de un bando hayan de oírse desde el otro y esperar que los soldados del ejército proletario deserten y se pasen al ejército burgués.

La lealtad al espíritu cristiano, la razón y la propia conveniencia nos exigen actuar de otra manera. Tenemos que reconocer las causas que hacen posible que el comunismo prenda en el alma de las masas. Tenemos que hacer nuestros éy no de modo tibio, sino convirtiéndonos en sus campeones- todos los objetivos justos que los comunistas persiguen. Tenemos que ofrecer, leal y prácticamente, a los problemas, los dolores y las angustias de esas masas, una verdadera solución. Pero todo esto será inútil si lo hacemos sobre la base del planteamiento de los bandos antagónicos, de los ejércitos en pie de guerra; no sacaremos nada si, encerrados a este lado de la Gran Muralla, estudiamos los problemas, proponemos las soluciones, exponemos nuestras ideas y argumentamos contra el comunismo, porque nuestra palabra no será oída al otro lado de la Muralla y aunque fuera oída, no será creída. Si mantenemos la Muralla, nuestra palabra será siempre para los del otro lado la palabra del enemigo. Tenemos, pues, que derribar la Muralla, que romper la línea divisoria, que deponer la actitud bélica y juntarnos los unos con los otros. Si queremos que nuestra verdad sea acogida, tenemos que ponernos al lado de aquel a quien se la llevamos y no podemos limitarnos a lazarla desde el otro lado para que la coja. Si queremos ser creídos, tenemos que ganar la confianza de aquellos cuya fe solicitamos, y esto solo se logra demostrando con hechos que se es leal. Si queremos imponer el amor, tenemos que actuar de tal manera que sea evidente que es el amor y no el egoísmo -padre del odio- lo que inspira nuestra conducta.

La primera de estas tácticas es la del anticomunismo. Es una táctica bélica que, como tal, solo puede concluir en la guerra. Una guerra total de cristianos contra comunistas, que -querámoslo o nó- identificará a los primeros con la defensa del capitalismo.

La táctica que preconizamos es, en cambio, una táctica de paz. Creemos que es la que responde al sentido auténtico del Cristianismo. Nos parece la única capaz de realizar los objetivos propios

del cristiano, superando a la vez al Comunismo y al Capitalismo. Pero ella exige mucha fe, mucha audacia y mucha prudencia. Fe para permanecer siempre fieles a la propia idea e imponerla sobre las otras por la vía de la convicción. Audacia para penetrar a un campo más o menos desconocido y que nos recibe con desconfianza y servir en él al hombre dando testimonio de verdad y buscando la justicia con honradez, valentía y decisión. Prudencia -que no es lo mismo que timidez ni cobardía- para no dejarse ganar por la solución fácil o simplista, no caer en la demagogia ni favorecer al adversario.-

Dentro de esta táctica, que más que esto es norma honrada de vida, yo no puedo dejar de decir la verdad ni de buscar la justicia porque en ello hayan de concurrir también los comunistas.- Más aún, el hecho de que los comunistas lo hagan acrecienta mi deber de hacerlo por mi parte, puesto que no puedo dejar que sean ellos los únicos verdaderos defensores del pueblo. Allí donde los proletarios tengan alguna aspiración de justicia que hacer valer -cualesquiera que ella sea, a quienquiera que beneficie particularmente, a quienquiera que afecte en sus intereses, quienes quiera que la defiendan- debo ir yo a prestar mis servicios de abogado Viéndonos hacerlo -y hacerlo bien y lealmente-, en nombre de la idea cristiana y no de la idea comunista, los trabajadores mirarán con simpatía nuestra idea, la confrontarán con la contraria y terminarán por adherirse a ella. Porque la verdad de la Idea Cristiana no resplandece con solo enunciarla, sino cuando se la practica; para conquistar a alguien con ella no basta repetirla fría o líricamente, es preciso vivirla. Se la reconoce por los hechos, no por las palabras.

¿Comprenderá esta táctica la Jerarquía? ¿O es que estamos muy equivocados? Si esto último fuera, sería su deber señalarnos el verdadero camino. Pero algo que fuera un camino, y no un mero gesto romántico.

Yo me inclino a creer que no existe otro camino para el cristiano que el que nosotros preconizamos. Y no veo por qué, salvo por un miedo injustificado o por una desgraciada inconsecuencia pudiera la Jerarquía rechazar este camino. ¿No permite ella a los católicos juntarse para hacer negocios con judíos, con ateos, con quienquiera que sea, sin temer que disminuya su fe por el contagio de ideas falsas ni de conductas amorales? ¿Podrá prohibirles, entonces, juntarse con los comunistas o con otros hombres errados, para defender la justicia, para decir la verdad?

Pero esto me lleva a examinar el segundo de los temas que me planteaba al principio: la posición social de la Jerarquía en Chile.

No le expresaría con sinceridad todo mi pensamiento si le ocultara, Monseñor, mis dudas en cuanto al verdadero espíritu social de la gran mayoría de los Obispos y del clero en Chile.- Tengo casi el convencimiento de que -quizá por el ambiente en que viv

ven, por las personas que los rodean, por la falta de información, por timidez de ánimo- ni comprenden el problema social, ni entienden el social cristianismo; están satisfechos con el orden actual y se contentarían con agregarle un poco más de piedad y un poco más de caridad al estilo burgués; tienen más miedo a los cambios que aversión a la injusticia.-

Esto es muy grave. Para los que conocemos el distingo entre la Iglesia y sus Ministros, solo nos causa el dolor de ver que éstos, como hombres que son, flaquean. ¿Mas no flaqueó Pedro? Pero para los católicos poco o mal formados -que son los más- y para la multitud de los no católicos, la conducta de los Ministros es la conducta de la Iglesia, y está poniendo a ésta como un baluarte, acaso el principal, de la defensa de los ricos. Nada puede desprestigiar más a la Iglesia ni fomentar en mayor grado la "apostasía de las masas".

Urge hacer algo. Es indispensable que la Jerarquía diga al lo menos una palabra para salir de la situación ambigua en que se ha colocado. Los últimos acontecimientos representan, ante el público, mucho más que la Pastoral del Año Nuevo, y desvanecen su efecto. El no católico cree que la Iglesia dice una cosa y hace otra. Y muchos católicos sienten también la tentación de creerlo...

Pero hay más, todavía. Es indispensable evitar que vuelvan a producirse situaciones como la que acaba de ocurrir. Sería muy doloroso que se nos colocara en la necesidad de dejar de invocar nuestra inspiración cristiana para seguir sirviendo -en lo posible al modo cristiano- a los trabajadores chilenos. Pero yo no veo otra solución si continúan en nuestra contra ataques como los que en los últimos meses hemos estado sufriendo. No nos podemos rebelar; pero no podemos abandonar la tarea ni dejar abandonados a los hombres que nos han seguido. Tendríamos, por eso, para seguir sirviendo a la idea cristiana libres de la condenación de estar haciendo lo contrario, que seguir actuando sin decirlo.- Hablaríamos del bien común, de la dignidad de la persona humana, de la subordinación de la vida a los valores de la moral y del espíritu, de la redención del proletariado; pero no podríamos hablar del sentido cristiano de nuestra acción, aunque siguiera respondiendo a él.

¿Será posible, don Manuel, que todo esto se evite? ¿Será posible que se comprenda lo que estamos haciendo, no solo por UD., sino por toda la Jerarquía chilena? Dios lo quiera, y nos ayude a conseguirlo. Sabemos que de UD. podemos y debemos esperar mucho. Por nuestra parte ¿qué podríamos hacer?

Perdone, Monseñor, la extensión de esta carta; pero he querido transcribirle integralmente mis inquietudes en esta hora, seguro de encontrar de su parte comprensión y, si estoy equivocado, un consejo oportuno.

Reiterándole mis agradecimientos, lo saludo atentamente y quedo a sus gratas órdenes, afmo. amigo y servidor

Patricio Aylwin Azocar